

Tal, pues, la gravedad, en absoluto minimizable, de tamañas amputaciones, cargadas de intención en su levedad aparente: *se tocó, tan sólo*, algún o algunos aspectos menores del (aburrido) discurrir de Mairena, ofreciéndose a cambio la edición íntegra de sus *Poesías Completas*, las de verdad. Semejantes palinodias han llegado a esgrimir, en calidad de explicación exculpatoria, ciertos descerebrados, aferrados a la visión *light*, cuando no festiva, del franquismo y sus imperativos modos, para el caso interpretados, o punto menos, como un paternal maestro bonachón desde su pedestal, desvelado por allanar de metafísicas, dudosas y torpes, aburridas y desmañadas, el recreativo ánimo lector de un maleable e ingenua grey de irreflexiones súbditos.

Alguien, ¿quién?, hubiese debido recordar ciertas palabras de Juan Ramón Jiménez. En aquella España, desde luego, no faltaban eruditos, y hasta se contaría con algún que otro admirador del gran poeta (tanto le admiraban algunos que hasta asaltaron su domicilio, pistola en mano, en busca de botín bibliotecario y de fetiches). Ninguno, sin embargo, cayó en la cuenta de esta admonición, o si lo hizo, tuvo por conveniente guardar silencio:

Malditos los que, en lo futuro, hagan de mi obra unos libros feos, sucios o recargados, superfluamente lujosos; los que no respeten mi orden y mi selección, los que las alteren en una coma voluntaria.

En fin, no eran comas precisamente lo que alteraban los editores al (ab)uso. La osadía daba para tanto que con toda probabilidad se hubiesen salido sus responsables por esa petenera. En cualquier caso, nadie les preguntó. Ridruejo, años después, retiró el prólogo. Ya no ostentaba jerarquía de gobierno y estaba «desengañado» tras la razzia de Rusia con la División Azul. Por descontado, el asunto se cerró sobre el silencio. A dos de los hermanos Machado —Manuel y Francisco— se les representaría adecuada la operación. Cobraron —poco: dos mil pesetas a la firma del contrato— y se desentendieron. El *malditos* de Juan Ramón se apunta multi-repartido. Casi parecería un bien —o sea, un mal— mostrenco.

Por fortuna, hay lugar para el contrapunto, porque antes y desde una actitud por completo contraria, desde sus antípodas literarias y humanas, Bergamín y sus compañeros de *Séneca*, concertados con los otros dos hermanos Machado, Joaquín y José, refugiados en Santiago de Chile, firmaron el acuerdo para publicar la primera edición auténtica de las *Obras Completas* de Antonio Machado⁹.

⁹ Nigel Dennis ha reconstruido los detalles de ambos contratos en «Cultura y exilio: Bergamín y la primera edición de las *Obras Completas* de Antonio Machado (México, 1940)», en *Revista de Occidente* (Madrid), núm. 166, correspondiente a marzo de 1995. Págs. 100-112.

Firmado el acuerdo, muy generoso¹⁰, en febrero del cuarenta, nueve meses después, en noviembre, Bergamín se manifestaba legítimamente orgulloso al presentar el libro al Consejo: «se congratuló del éxito que suponía esta edición», recoge el Acta núm. 8, levantada el día dieciséis, «hasta ahora nunca hecha en Hispanoamérica y capaz de rivalizar y aún superar a las similares que se hacían en Europa». Al cuidado tipográfico de Emilio Prados, esta recopilación, insuperada durante décadas, que únicamente excluía las obras teatrales, escritas en colaboración con su hermano Manuel, fijó un punto y aparte de rigor y respeto en la bibliografía machadiana, fiel a los designios del autor y, en cuanto tal, nada necesitada de prólogos desahogados ni pretendidamente exculpatorios.

Bergamín, prolonguista que no se refugiaba en la devoción para camuflar tropelías, lo tenía bien claro: «fue siempre la poesía la que dio expresión verdadera a su pensamiento; más fue también siempre este pensamiento suyo, hondo, vivo, español, el que dio raíces filosóficas y morales a su poesía». No quedaba lugar para las bromas —por lo demás, sin gracia— ni para las ocurrencias en plan ganzúa. Taimadamente, por boca ajena, Ridruejo motejaba a Mairena de «pelmazo», descalificación que al gañote le servía de coartada a él y a los suyos para entrar con la cuchilla en ¡zis, zas! por su pensamiento. Bergamín, por el contrario, no se atrevía a mover ni una coma: las sombras de Juan de Mairena y Abel Martín, o Jorge Meneses, «figuraciones andaluzas» del autor, se unirían con él, a través de sus páginas, fundiéndose en «una sola sombra magistral y amistosa». La misma voz, con diversos registros complementarios; el mismo e indivisible canto. Machado íntegro, de cara al lector —avances y hasta musarañas— el laberinto de su pensamiento. ¡Qué diferencia!

Para las circunstancias se trata de una edición modélica, muy por encima de lo que cabía esperar, entregada a la imprenta a partir del minucioso cotejo de todas sus publicaciones, cuyos autoprólogos también se recogen y con las variantes anotadas, por primera vez, en apéndice: «... esta tarea», reconoce Bergamín, «podrá mejorarse en ediciones sucesivas». Sus insuficiencias, ciertamente, resultan obvias. Da igual. La importancia del intento radica en el cambio anunciado. Situado el poeta a la altura de los clásicos, con Juan Ruiz y Jorge Manrique, con Garcilaso, Góngora, Lope, San Juan o Bécquer, este reconocimiento, hoy generalizado, se forjó en el primer exilio y, en la práctica, lo acuñó Séneca.

A continuación de esas supuestas *Poesías Completas*, seguidas por las prosas de Abel Martín y Juan de Mairena, desde el lugar donde las casi simultáneas ediciones de Buenos Aires y Madrid echaban el cierre¹¹, la de *Séneca* se doblaba, doblándolas, suma que te suma textos, al pasar de la página cuatrocientas treinta y ocho («Otro clima», último poema del libro

¹⁰ Séneca contrató una edición de tres mil ejemplares, reconociendo a los hermanos Machado unos derechos del dieciséis por ciento del precio de venta al público (veinticinco pesos). En total, les correspondían doce mil pesos (tres mil en el momento de la firma, aplazados en doce entregas mensuales de setecientos cincuenta (desde mayo de 1940 a abril del cuarenta y uno). Se trataba de una cantidad considerable para la época.

¹¹ Respectivamente datadas el 5 de noviembre de 1940 y a comienzos de 1941 (Ridruejo fecha el prólogo en octubre), la de Séneca se acabó de imprimir el 16 de octubre, en los talleres gráficos de Cultura, México D.F.

hasta entonces recogido como final, *De un cancionero apócrifo*) a la 898-901, con la copia de una interesantísima carta a María L. Carnelli, remitida desde Barcelona, el 19 de noviembre de 1938, a la altura, por su contenido, de la mucho más conocida que dirigió al hispanista soviético David Vigodsky, desde Valencia y en abril del treinta y siete, pero con el emotivo y nada nimio matiz añadido de que se trató de algo así como su despedida, por escrito y con cierta extensión, de España, porque con posterioridad a la misma sólo se conocen algunos tarjetones muy breves, al estilo del remitido a Enrique Líster el 1 de enero de 1939, de mera cortesía¹², y ya del exilio —de su breve y angustioso exilio—, una carta, punto menos que póstuma, a José Bergamín, curiosa e inexplicablemente sin incluir en esta edición—, la suya¹³.

En primer lugar aparece *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, conjunto de reflexiones empezadas a publicar a finales de 1934 en el *Diario de Madrid*, periódico de inspiración orteguiana que dirigía su inseparable Fernando Vela, luego trasladadas a *El Sol*, por extinción de aquella cabecera, y dadas por concluidas en junio de 1936, reunidas entonces en libro por Espasa-Calpe. Son, en total, cincuenta entregas, que salieron con periodicidad irregular (semanal o quincenal), anteriores a la guerra y, en buena medida, exacto reflejo de ideas y hasta obsesiones firmemente enraizadas en la conciencia de Machado desde bien pronto, hasta el extremo de que en absoluto suene a exagerada su apasionada reivindicación del personaje en tanto que *yo filósofico*, nemorosamente forjado, de creación acariciada, desde la juventud.

En pos de *Mairena...* más *Mairena* o «yo me sucedo a mí mismo», que hubiese dicho el gran Lope de Vega: *Sigue hablando Mairena a sus discípulos. Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín*. Entre ambos libros la distancia se mide con una palabra de negrura insondable: guerra. Se trata, en consecuencia, de la voz y las reflexiones de Antonio Machado en su situación límite, de su peregrinar por los submundos de la derrota, pero no de la derrota partidista, sino de la absoluta derrota humana, apenas atenuada por la esperanza en un escepticismo cargado de resignada tristeza:

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.

Ordenado su contenido en cinco secciones («Sigue hablando Juan de Mairena a sus discípulos», «Algunas ideas de Juan de Mairena sobre la guerra y la paz», «Miscelánea apócrifa», «Notas y recuerdos de Juan de Mairena» y «Mairena póstumo»), el libro recoge, con leves desajustes en la

¹² «Querido amigo: Recibo su carta y su espléndido regalo. Con toda el alma agradecido a sus hombres./ Sus palabras me conmueven y me llenan de optimismo y esperanza./ Disponga siempre de su buen amigo. /Antonio Machado». Dada a conocer por el destinatario, en sus *Memorias de un luchador*, cito por Monique Alonso, Antonio Machado. Poeta en el exilio. Barcelona, Anthropos, 1985. Pág. 456.

¹³ Vid. Apéndice. Allí reproduzco, íntegras, ambas cartas, las de Carnelli y Bergamín que se bastan para deshacer por sí solas el inmoral eslogan del propagandista propagandeado, acriticamente impuesto sobre el silencio y desde el monopolio de los medios de comunicación.

disposición¹⁴, las prosas machadianas que, invariable y simbólicamente, encabezaban los números de *Hora de España*, con irrevelantes excepciones¹⁵, a falta —claro está— de la que abría el último, el XXIII, último y casi ultimado, de Barcelona y noviembre de 1938, pues capturada su edición en los almacenes y, en cuanto botín de guerra, condenada al purificador fuego de los *cruzados*, la Providencia (no me atrevo a apostillarla de «Divina») determinó la salvación *in extremis* de muy contados ejemplares y de ahí su facsimilar resurrección a la postre de siete colmados lustros de oculto sobrevivir¹⁶.

Por cierto, el comienzo de dicha prosa crepuscular, apagada en el claroscuro de la guerra, se ilumina con esta reflexión, aquí copiada, pues viene al caso y lo desentraña:

Si dais en literatos..., quiero decir en pretensos mágicos prodigiosos de la expresión por medio de las palabras, no habréis de olvidar que lo verdaderamente taumáturgico —*obrador* del portento— consiste en hacerse comprender por las mismas piedras de la calle. Que sea esta empresa la que tiene vuestra ambición, y no la contraria, también difícil aunque no tanto: la de enturbiar las ideas a quien más claras las tenían.

Desde la verdad ilustra, creo yo, la diferencia de base entre ambos planteamientos editoriales, el de la España Peregrina y el de la España de la Victoria, motivado éste por la apenas disimulada intención de transformar en negro lo cristalino: el *compromiso popular y humano* de Antonio Machado, poeta en prosa (Ridruejo lo sabía bien), aunque no de «prosas líricas», y poeta —nunca metrificador señorito— en verso. Aunque emboscada en ocurrencias disimuladoras (la supuesta *pesadez* de Juan de Mairena), el torticero alcance de aquella censura deviene, por *pretensa taumáturgica* (a Machado, a veces, también se le torcía la expresión), inenturbiable, a pesar de los nada escasos esfuerzos de los partidarios de la revisión del franquismo en clave *light*, sobre todo habida cuenta de que el susodicho censor del caso, muñidor de las barrabasadas del texto, ni siquiera podría aducir la eximente —sin validez— de la ignorancia: tales escritos, declaró, les hicieron saltar de gozo, a él y a los suyos, en el apocalipsis del Burgos bélico al *descubrirlos*, hasta en el vocabulario y el estilo, «atribuibles a nuestra fuente más pura». Entonces, se preguntarían los lectores razonables, ¿por qué los descartan? El coro de los adictos, entregado a los vapores del Triunfo, ni siquiera anotarían una contradicción así de flagrante: *son nuestros*, pero los censuramos. Ni ellos mismos daban crédito a su propaganda.

La edición de *Séneca*, además, aún se cierra sobre otros dos apartados: «Obras sueltas» y «Variantes», incompletísimo éste (se basa en las

¹⁴ «Sigue hablando...»: I-I (ésta segunda cifra remite al número de la revista), II-II, III-III, IV-VII, y V-XIX; «Algunas ideas...»: I-X, II-X, y III-XV; «Miscelánea...»: I-XI, II-XII, III-XIII, IV-XIV, V-XX; «Notas y recuerdos...»: I-XVI, II-XVII, III-V, IV-VI; y «Mairena póstumo»: I-XXI, II-XXI, III-XXI, IV-XXI, V-XXII.

¹⁵ Las de los que presentaban notas editoriales y con la salvedad del XVIII, donde Machado, por su voluntad, tornó las prosas en versos.

¹⁶ *Hora de España*, XXIII. Prólogo de María Zambrano, epílogo de Francisco Caudet. Verlag Detlev Auvermann KG, 1974. («Biblioteca del 36», VI). El ejemplar fue cedido por Camilo José Cela.